

# LA ESTELA INSCRITA IBÉRICA CONOCIDA COMO «LÁPIDA DE LIRIA»: UNA NUEVA LECTURA

*Resumen:* Se revisa la estela con inscripción en semisilabario ibérico levantino, conocida como «lápidas de Liria» que custodia el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Su interés radica en la posible existencia de un étnico —**ofetaunin**— oculto hasta ahora tras el velo de otras lecturas. Estaríamos ante el único testimonio de referencia de *origo* en la epigrafía sepulcral ibérica, sería además la única mención al pueblo oretano en la epigrafía ibérica y vendría a aumentar el reducidísimo número de epígrafes ibéricos —a excepción de los monetales— que contienen topónimos o étnicos.

*Summary:* This paper reviews the stele with inscription written in Levantine Iberian semisyllabary, known by «lápidas de Liria» and garded in the National Archaeological Museum in Madrid. Its importance lies in the probable presence of an ethnic —**ofetaunin**—, hidden behind other transcriptions until now. It would be the only origin's reference testimony in the iberian sepulchral epigraphy and the unique known mention of oretan people in the iberian epigraphy. Finally, it would increase the reduced number of iberian inscriptions containing place-names or ethnics, excluding coins legends.

## 1. INTRODUCCIÓN

La inscripción sepulcral en escritura ibérica levantina que se conserva en los almacenes del Museo Arqueológico Nacional (MAN)<sup>1</sup> no ha sido publicada más que en tanto parte de conjuntos epigráficos (*Corpora*<sup>2</sup>, recopilaciones<sup>3</sup> y grupo de inscripciones sepulcrales ibéricas<sup>4</sup>), por lo que una revisión de la misma resulta oportuna e incluso necesaria siquiera sea porque ostenta, junto a la estela de Sinarcas (F. 14.1)<sup>5</sup>, el texto más largo, aunque incompleto, de todas las estelas inscritas ibéricas, de cuya nueva lectura se da cuenta en estas páginas.

## 2. PROCEDENCIA

Se desconoce no sólo el contexto arqueológico sino incluso su lugar de procedencia. Si bien es cierto que la mayoría de las estelas ibéricas inscritas carecen de contexto, también lo es que de todas ellas —a excepción de la que es objeto de este estudio— sabemos el lugar más o menos exacto del hallazgo, parajes generalmente próximos a necrópolis o poblados ibéricos<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Agradezco a la Dra. Alicia Rodero, Magdalena Barril, Esperanza Manso y Virginia Salve, del Departamento de Protohistoria de este Museo las facilidades dispensadas para el estudio de la pieza.

<sup>2</sup> Hübner, 1893, n.º XXXII; Gómez Moreno, 1948, n.º 75 y Untermann, 1990 (= *MLH*), F.13,1.

<sup>3</sup> Maluquer, 1968, n.º 272 y Uroz, 1983, n.º IX.

<sup>4</sup> Untermann, 1984, n.º 24.

<sup>5</sup> Las referencias a inscripciones se harán siguiendo el sistema de anotación empleado en *MLH*.

<sup>6</sup> Algunos ejemplos: en parajes próximos a necrópolis se han hallado la estela de Cabanes (F. 5.1) y las

Las investigaciones en torno al origen de «la de Liria» nos llevan hasta el domicilio privado de Don Vicente Boix, cronista de la ciudad de Valencia, hasta donde había llegado procedente de un pueblo que no se nombra en referencia alguna<sup>7</sup>. La siguiente y última escala de su viaje se sitúa ya en el lugar que todavía hoy la acoge: el MAN. En 1871 Rada y Delgado<sup>8</sup> daba cuenta de su donación al museo apuntando que había sido descubierta en los alrededores de Valencia.

La idea de una supuesta procedencia de Liria parte de Pío Beltrán, quien creyó que Vicente Boix pudo haberla obtenido «en el edificio derruido, situado contiguo a la iglesia de la Sangre de Liria»<sup>9</sup>. Apoya esta suposición en el relato que sobre la desaparición de una lápida de la citada iglesia hace Estanislao Sacristán y que recoge Almarche en su obra *La antigua civilización ibérica en el reino de Valencia*<sup>10</sup>; pero lo cierto es que no hay más sustento para tal hipótesis que la intuición de Beltrán, porque en dicho relato no se menciona característica alguna de la estela que permita identificarla.

A falta de datos más precisos y sabiendo que la mayor concentración de estelas inscritas ibéricas se halla en el territorio edetano, puede aceptarse, con las debidas reservas, la referencia de Rada y Delgado —«en los alrededores de Valencia»— y adscribirla a la región edetana. No obstante, conviene recordar que el área de distribución de las inscripciones sepulcrales ibéricas es mucho más amplia, llegando por el norte hasta Ampurias, por el sur hasta la frontera con la Contestania y adentrándose por el valle del Ebro hasta Caspe y el curso bajo del Cinca, por lo que intentaremos ver si el análisis de soporte e inscripción apoya o desmiente esta supuesta procedencia.

### 3. CRONOLOGÍA

La ausencia de contexto cierra la mejor vía para precisar la datación de la estela, descontextualización que, como ya hemos indicado, es fenómeno común a buena parte de las lápidas inscritas ibéricas conocidas. No obstante las que han podido ser datadas pertenecen ya a época romana y, sin entrar en el debate inducción romana o indigenismo que suscita este tipo epigráfico<sup>11</sup>, parece que en la delimitación de algunos de sus rasgos internos (material, remedo de la capital romana, *ordinatio*...) habría que ver una influencia romana<sup>12</sup>, lo que, unido al hecho de que la mal llamada lápida de Liria presente un numeral latino, nos sitúa entre los últimos años del siglo III a.C. y el primero de nuestra era.

de Alcalá de Chivert (F. 3.1, 3.2 y 3.3) y en poblados ibéricos o sus proximidades han aparecido la gran mayoría: Benassal (E. 9.1), Cuevas de Vinromá (F. 4.1), Canet lo Roig (F. 2.1, 2.2 y 2.3), Terrateig (Fletcher y Gisbert, 1994) y la de más reciente descubrimiento: Guissona (Guitart *et alii*, 1996). De algunas otras sabemos el lugar del hallazgo aunque en los alrededores no se tenga constancia de necrópolis ibéricas, como sucede p.e. con la de Civit (Tarragona) (Velaza, 1993).

<sup>7</sup> Almarche, 1918, 47.

<sup>8</sup> Rada y Delgado, 1871, 88-90.

<sup>9</sup> Beltrán, 1953, 40.

<sup>10</sup> Almarche, cit. (nota 7).

<sup>11</sup> Beltrán (1980, 347) viene defendiendo desde antiguo que la epigrafía sepulcral ibérica es un fenómeno

de clara influencia romana y recientemente (Beltrán, 1993, 250-252; *idem*, 1995, 176-178) se ratifica en tal afirmación. Para De Hoz (1995, 74-75), sin embargo, es prematuro deducir que la práctica de la epigrafía funeraria entre los iberos sea de inducción romana, ya que existen indicios que contradicen tal derivación.

<sup>12</sup> Mayer y Velaza (1993) aíslan un conjunto de epígrafes que denotan influencia real del contacto con *officinae* romanas, entre los que se encuentran 12 estelas —una de ellas la de Liria—, a las que habría que añadir en este momento dos más, la de Civit (Velaza, 1993) y la de Guissona (Guitart *et alii*, 1996, 163-170).

## 4. EL SOPORTE (fig. 1)

La inscripción se encuentra sobre una losa de piedra caliza, con forma rectangular, de 67 cm. de altura, 37 cm. de anchura máxima —medida en su parte inferior— y 34 cm. de anchura mínima —medida en la parte superior—. Son dimensiones que se insertan dentro del rango de normalidad para este tipo de soportes<sup>13</sup>. El grosor del bloque es de 9 cm., llegando a medirse 8 cm. en las zonas que han sufrido mayor desgaste. Tanto la altura como el ancho superior actual no se corresponden con las medidas que tendría en origen ya que los bordes superior e izquierdo están mutilados.



FIGURA 1. *Fotografía de la inscripción funeraria ibérica conocida como «lápidas de Liria».*

La cara inscrita ha sufrido una erosión selectiva que afecta en mayor medida a la mitad superior, así como a todos los bordes menos al inferior que no muestra deterioro. El campo epigráfico lo constituye toda la superficie de la piedra, a excepción de 8 cm. que quedan libres de escri-

<sup>13</sup> Pueden llegar a alcanzar los 120 cm. de alto y los 50 cm. de ancho (Untermann, cit. —nota 4—, 111).

tura en su parte inferior. No es posible saber, por la fragmentación que presenta la parte alta, si la primera línea se iniciaría en el borde superior o si por el contrario habría un espacio libre de escritura, al igual que sucede en la parte final. Ni siquiera puede asegurarse que antes de lo que ahora es primer renglón no hubiese existido algún otro. La estela no presenta decoración alguna.

Las características del soporte no sirven para precisar su lugar de procedencia: por un lado, la forma más o menos rectangular es la más frecuente en toda el área de extensión de la epigrafía sepulcral ibérica; por otro, que la cabecera no haya sido desbastada en forma de frontón tampoco orienta de manera clara hacia una zona concreta<sup>14</sup>; y, por último, la ausencia de decoración, aunque es característica común a todas las del área edetano-ilercavona, no es exclusiva de tales pueblos, de forma que en la zona del Bajo Aragón, donde más lápidas ornamentadas conocemos que se inscriben dentro de una tradición autóctona de estelas en las que la epigrafía se suma al programa decorativo tradicional, también hay un nutrido grupo de estelas exclusivamente epigráficas.

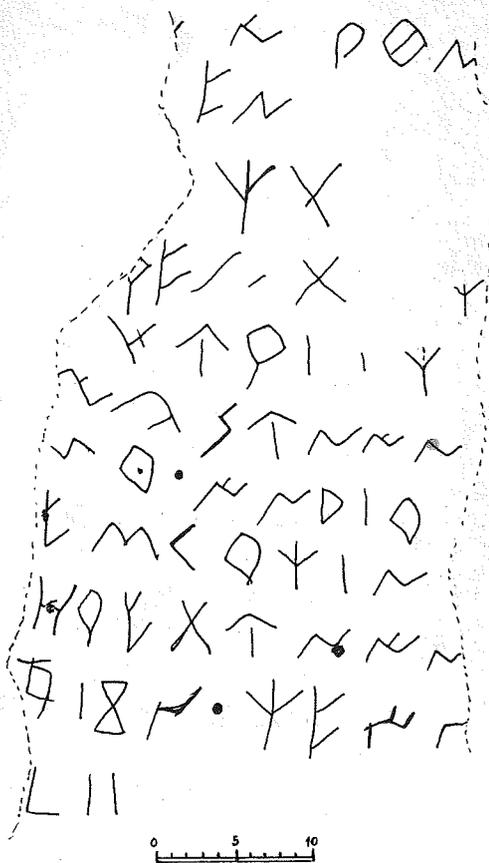


FIGURA 2. Calco del epígrafe.

<sup>14</sup> El porcentaje de cabeceras labradas es más alto en el área catalano-aragonesa, mientras que entre las halladas en territorio edetano-ilercavón sólo 5 diferencian sus ca-

beceras: la de Cabanes (F. 5.1), Sinarcas (F. 14.1), una de Canet lo Roig (F. 22), una de Sagunto (F. 11.13) y probablemente la de Els Fondos (Esteve, 1986, 246-247).

## 5. LA INSCRIPCIÓN (figs. 1-2)

El campo epigráfico no tiene más límites que los naturales impuestos por los bordes superior, izquierdo y derecho del bloque pétreo. El texto está distribuido en 11 líneas que el lapicida grabó sin utilizar pautas, motivo al que hay que acudir para explicar la tendencia de las líneas a caer hacia la derecha, sobre todo a partir de la 5.<sup>a</sup>.

La separación entre líneas no es regular, pudiendo establecer una media entre los 15-20 mm., si bien en determinados puntos supera los 25 mm. (entre las líneas 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup>) y en otros apenas alcanza los 8 mm. (entre los grafemas *i* y *e* de las 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> líneas). Sólo entre el incompleto *í* de la 4.<sup>a</sup> línea y su inmediato inferior *m̄*, no se mide separación alguna.

Los signos tienen una altura irregular, que oscila entre los 61 mm. del quinto signo de la 10.<sup>a</sup> línea y los 17 mm. de los signos quinto y sexto de la 6.<sup>a</sup> línea. La separación entre ellos muestra oscilaciones importantes y en ningún caso un signo invade el campo de sus inmediatos superior, inferior, izquierdo o derecho. Se emplearon interpunciones en forma de puntos.

El lapicida grabó con claridad y con un grado de profundidad presumiblemente regular los grafemas, sólo la erosión diferencial en la superficie de la cara inscrita es la responsable de que algunos de ellos se muestren ahora superficiales y otros ni siquiera seamos capaces de identificarlos.

5.1. *Paleografía*

Los signos son los habituales del signario ibérico levantino. Siguiendo la clasificación numérica empleada por Untermann<sup>15</sup> las formas identificadas en esta inscripción son: **a2**, **ba1**, **e2**, **i2**, **ka4**, **ke1**, **ki2**, **ko1**, **ku1**, **m̄4**, **n2**, **í1**, **í3**, **s2**, **ś3**, **ta1**, **ti4** y **u1**. Conviven en el texto, como vemos, dos variantes de los grafemas *e* y *í*. La vibrante *í* en las líneas 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> se presenta con una mínima prolongación del trazo inferior derecho que podría llegar a confundirse con el apéndice que caracteriza la forma *í3*, sin embargo la presencia de *í3* en las líneas 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>, con el apéndice bien marcado y de considerable longitud, disipa cualquier duda a la hora de ver en las líneas 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> la variante *í1*.

Existe una tendencia a evitar esquinas angulosas en grafemas como **te**, **a**, **í**, **ke** y **ko**. Hay que hacer notar, por último, que los grafemas **n** e **i** de la 10.<sup>a</sup> línea presentan formas bastante distorsionadas.

Del análisis paleográfico deberíamos ser capaces de aislar una determinada tradición caligráfica que nos corroborase la procedencia de la lápida, pero por el momento eso no es posible y una rápida revisión, a través de bibliografía, de todas las estelas inscritas ibéricas no permite llegar a conclusiones más precisas que las siguientes:

- la paleografía de esta inscripción recuerda a la de una estela procedente de Sagunto (F. 11.1) (fig. 3), especialmente en el grafema **te**, de trazado prácticamente superponible en ambas, y en la forma del signo segundo de la primera línea, similar a la del último grafema de la inscripción saguntina que vemos transcrita en los repertorios epigráficos como **a**. Por tanto la paleografía podría apoyar su supuesta procedencia edetana.
- algunas de las estelas sepulcrales del noreste peninsular<sup>16</sup> presentan una distinción en su signario con respecto al resto de las áreas, se trata de una especial caligrafía del grafema **ke** (<)

<sup>15</sup> En *MLH* III, 1, 246-247, tabla 2.

<sup>16</sup> Vich (D. 2.1), Fraga (D. 10.1) y Binefar (D. 12.1, 12.2).

en la que el trazo interno parte del extremo inferior del signo en dirección hacia arriba, en vez de nacer —como en las variantes **ke2** y **ke3**— en un punto intermedio de uno de los trazos principales y correr paralelo al contrario, variante que se testimonia también en las leyendas monetales de los bronce más antiguos de **kese** (A12. 1.1-1.3) y **kelse** (A21.1.6), así como en la leyenda **kertekunte** (A. 6.06) sobre una dracma de imitación emporitana. Tal vez una antigua tradición paleográfica podría estar perpetuándose en las estelas funerarias de estos pueblos ibéricos cuando en la epigrafía de más evidente inducción romana —la monetar— habría sido ya sustituida por variantes más modernas (**ke3**, **ke2** y, por último, **ke1**)<sup>17</sup>. En la estela objeto de nuestro estudio el signo **ke** se presenta bajo su variante **ke1**, lo que la alejaría de esa supuesta tradición.

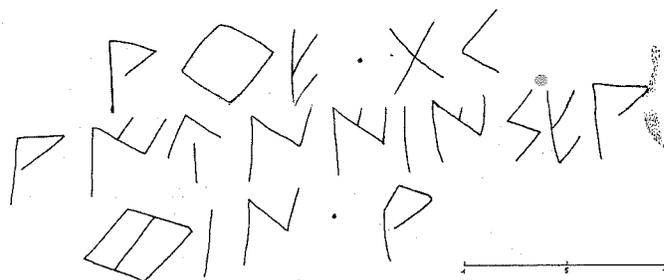


FIGURA 3. Estela procedente de Sagunto, de paleografía similar a la «de Liria». Fotografía y calco tomados de Untermann (MLH III, F. 11.1).

<sup>17</sup> Villaronga (1958, 9-49) revisó la evolución paleográfica de este signo en las leyendas monetales ibéricas, estableciendo una secuencia temporal **ke3**, **ke2**, **ke1**, que se corrobora posteriormente con mucha claridad en el monetario de **kese** (Gimeno, 1968, 24-32) y que yo misma he tenido oportunidad de comprobar tras la revisión, a través de observación directa, de todo el monetario del área epigráfica-monetar estrictamente ibérica, que custodia el Gabinete de Numismática y Medallística del MAN. Sin embargo, según un trabajo reciente

(Rodríguez Ramos, 1997, 19 y figs. 5a y 5b) la forma **ke1** (= Rodríguez *ke-1b*) se usaría desde entrado el siglo III a.C. y probablemente incluso desde la segunda mitad del s. IV. Mientras que las formas **ke2** y **ke3** (= Rodríguez *ke-4b* y *ke-5b*) serían formas clásicas comunes a todos los periodos. Según esos resultados la evolución paleográfica del signo **ke** constatada en las leyendas monetales no sería extrapolable a la generalidad de epígrafes ibéricos.

5.2. *Transcripción e interpretación*

De la autopsia de la pieza obtenemos un calco y posterior transcripción que difiere en algunos signos de las realizadas hasta ahora, transcripción que no comporta novedades interpretativas —ni anteriores ni ésta ofrecen nada realmente significativo— más que en un caso: el signo primero de la novena línea.

Repasamos a continuación, línea a línea, la nueva lectura del epígrafe a la vez que discutimos las anteriores.

TABLA I. *Las diversas transcripciones de la conocida como lápida de Liria*

Gómez Moreno (1948)	Maluquer (1968)	MLH F.13.1	Nueva lectura (1998) <sup>18</sup>
acelnaten	aceliaten	--]* <u>ib</u> iten	] *iaten
..banen	banen	---]en	]en
...tita	...ltita	-]* <u>t</u> ita	] *tim̄
..recatacesti	rekatacesti	-]* <u>re</u> kata <u>r</u> ti	] rekata*ti
nmúrbaim	nürbaüi	nmúr [-]* <u>t</u> i	] mür**ti[
icabeunin	ikabeunin	ikasunin	ikasunin
carinabar	karinabar	<u>k</u> ir.inabar[-	<u>k</u> iku.inabar
ascertiban	askértiban	<u>e</u> r <u>k</u> értiban[-	e <u>s</u> ker̄tiban
aretaunin	bifetaunin	bifetaunin	óretaunin
abagontiein	abacontiein	<u>b</u> ibakon.tiei*	*bakon.tiei*
LII	LII	LII	LII

*Primera línea:* el primer signo legible es **i2**, antes de él debieron de existir uno o más signos (es aventurado apuntar un número exacto), perdidos por fragmentación de esa zona de la lápida; del más próximo a **i2** se conserva parte de un trazo oblicuo que no sirve para reconstruir el grafema completo. El siguiente signo es **a1**, incompleto en su parte superior por pérdida de materia y del que debe apuntarse, como peculiaridad en su dibujo, que el trazo oblicuo derecho no llega a unirse con el vástago vertical; tras él, **te1**, y por último un incompleto **n2**.

Tanto Gómez Moreno como Maluquer reconocían antes de estos grafemas, tres más (**a**, **ke** y **l**) que ahora están ausentes. La única explicación posible es que el desgaste de la piedra haya supuesto la desaparición de algunas letras que ellos tuvieron todavía la suerte de ver y que se habrían perdido por completo.

Untermann (MLH, F. 13.1) transcribe el segundo signo **bi**, tal vez por la especial paleografía que acabo de comentar, sin embargo que no llegue a cerrarse el dibujo para crear la ortodoxa **a1** es caligrafía habitual tanto en piedra como en otros soportes, así, en una de las inscripciones funerarias de Sagunto (F. 11.1) (fig. 3), de paleografía similar a la nuestra (*vid* §. 5.1) encontramos todos los grafemas transcritos **a** con un trazo oblicuo inferior que no desemboca en el vástago vertical y, más concretamente, el que ocupa el último lugar en la *ordinatio* tiene un trazado prácti-

<sup>18</sup> Se emplea letra negrita para transcribir los caracteres epigráficos, la convención [ ] cuando hay indicios de texto incompleto y los asteriscos para indicar signos

ilegibles. Se subrayan los signos de lectura dudosa. El signo **Y** —de valor fonético todavía incierto— se transcribe **m̄**.

camente superponible al de la estela objeto de nuestro estudio. Curiosamente, en la inscripción saguntina sería menos discutida que en «la de Liria», desde el punto de vista paleográfico, una lectura **bi** para tales signos; sin embargo otros factores determinan allí una transcripción **a** (identificación de la fórmula **afe.take** y el componente onomástico **aiunin**).

Esta primera línea encerraría un antropónimo (NP) ibérico —probablemente del difunto— del que sólo se conserva lo que fue su segundo componente completo **-aten**, atestiguado en fuentes latinas: *Sosinaten* y *Nalbeaten*<sup>19</sup>.

*Segunda línea:* el primer signo legible tras la zona fragmentada es **e1**, seguido de **n2**, ambos completos y de caligrafía clara.

Gómez Moreno y Maluquer, quizá por la misma razón que apuntaba para su lectura de la primera línea o tal vez aquí por pretender hallar elementos léxicos suficientemente conocidos en el repertorio ibérico, ven antes de **e** los grafemas **ba** y **n**. Sabido es que el término **eban** es recurrente en las inscripciones sepulcrales ibéricas, habiéndose apuntado para él, entre otras, una posible función semejante a la del verbo latino *curavit*<sup>20</sup> o bien una equivalencia entre **eban** y *filius*<sup>21</sup>. Pero los grafemas que hoy observamos en la segunda línea de la estela son sólo dos y ambos conforman un elemento también familiar al léxico ibérico y recurrente en inscripciones sepulcrales: el sufijo **-en**. Y aunque, en efecto, a la izquierda de la secuencia **en** hay una considerable pérdida de materia que podría haber hecho desaparecer algún signo, también hay que tener en cuenta que entre el inicio de esa zona fragmentada y el signo **e** el espacio es lo suficientemente amplio como para acoger al menos parte del trazado derecho de cualquier signo que se hubiese grabado a la izquierda de **e**.

La interpretación de esta línea se encuentra íntimamente ligada a la de la primera: si leemos **en**, el NP grabado en la primera línea deberemos atribuirlo al difunto, de forma que **en** estaría expresando una relación de pertenencia entre el difunto y la sepultura<sup>22</sup>; si, por el contrario, optamos por una lectura **ebanen** el NP habrá de asociarse al del dedicante, si se acepta una función similar a *curavit*, o al patronímico, caso de que lo consideremos expresión de filiación; esta última opción implicaría la existencia de una primera línea de texto, donde se ubicaría el nombre del difunto, línea que se habría perdido en su totalidad.

*Tercera línea:* el primer grafema identificable tras la zona mutilada es **ti4**, tras él **m4**.

Todas las anteriores lecturas (ver tabla I) han visto en el segundo signo la representación del grafema **ta**. Pues bien, el calco del signo en la actualidad se acerca mucho más al dibujo de **m4** que a **ta1**. El signo leído hasta aquí como **ta** tiene una de sus aspas interrumpida apenas traspasada la intersección con la otra y grabada en profundidad sólo hasta ese punto (figs. 4-5); la secuencia de grabación del signo fue la siguiente: en un primer tiempo se realizó el trazo de longitud inferior y en un segundo movimiento el trazo más largo, que incide sobre el primero y lo corta no en un punto más o menos intermedio, como sería de esperar para el trazado del grafema **ta**, sino en su tercio inferior, prácticamente en el extremo final. Precisamente el signo que representa en el semisilabario ibérico al sonido **ta** es uno de los que menos variantes o distorsiones caligráficas sufre por la simpleza de su dibujo (dos brazos cruzados) y facilidad de ejecución en cualquier ma-

<sup>19</sup> Untermann, 1987, n.ºs 75.15 y 96.16; *MLH* III, 1, 212.

<sup>20</sup> Untermann, cit. (nota 4), 112-113. En la Conferencia «Lengua ibérica y leyendas monetales», leída en el X Congreso Nacional de Numismática (Albacete, octubre de 1998), Untermann argumenta de nuevo a fa-

vor de un significado idéntico al del latín *curavit* (ha procurado) y en contra de la traducción como *filius* (hijo). Agradezco a J. Untermann muy cordialmente el haberme enviado el texto definitivo de la Conferencia.

<sup>21</sup> Velaza, 1994, 142-150.

<sup>22</sup> Michelena, 1976, 353-362.

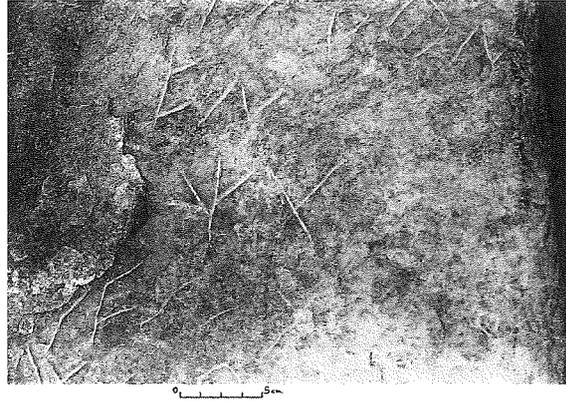


FIGURA 4. *Detalle de las líneas segunda y tercera.*

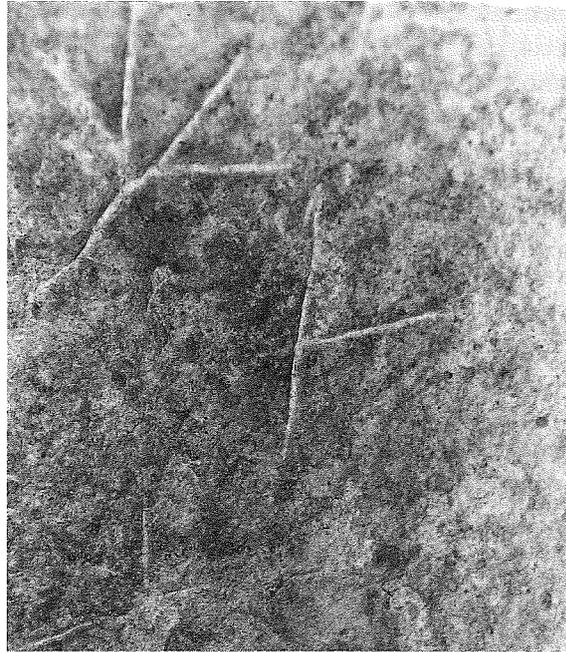


FIGURA 5. *Los signos ti y m de la tercera línea, a escala 1:1.*

terial. En esta inscripción tenemos además la oportunidad de compararlo con los grafemas **ta** de las líneas 4.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup> y comprobar cómo en estos casos no tuvo problemas el lapicida para grabar las dos aspas completas. Cabe, no obstante, la posibilidad de desaparición de parte del trazo por erosión selectiva del tercio inferior izquierdo del campo de dicho grafema, pero sería una erosión en exceso selectiva que no hemos constatado.

Tras **m4** hay un gran espacio que ha sufrido pérdida de materia, por lo que no ha de descartarse la presencia en origen de algún otro signo. Entre **ti** y **m** se aprecia una marca redonda que podría corresponder a una interpunción, aunque la comparación con las dos claras interpunciones

de las líneas 7.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup>, de mayor profundidad y amplitud, aconseja prudencia en tal valoración. En el caso de considerar la interpunción, no estaría fuera de lugar pensar que el espacio tras él, ahora fragmentado, hubiese acogido al grafema **i**, que completaría la partícula **mí**, habitual tanto en lápidas como en grafitos cerámicos tras NP y que se ha interpretado como pronombre personal<sup>23</sup> o elemento que expresa relación de propiedad<sup>24</sup>.

Esta línea no admite interpretación.

*Cuarta línea:* el primero de los signos identificables aparece incompleto, interrumpido por la zona de rotura. Lo que de él queda nos permite restituir con facilidad el grafema **ř3**. Tras él se grabó **e2**, que se conserva en perfecto estado. A partir de aquí la erosión ha borrado prácticamente el resto de la línea, distinguiéndose con dificultad los trazos que conformaron cuatro signos más.

Tras **e2** todos los investigadores han visto el grafema **ka**, sin embargo ahora sólo se reconocen dos trazos, a partir de los cuales, en efecto, puede restituirse la variante **ka4**. El tercer signo ha perdido profundidad por la erosión pero todavía se muestra como **ta1**. A la derecha de éste debieron existir uno o dos signos de los que ya no queda más que un pequeño trazo. Gómez Moreno y Maluquer vieron **ke** y **s**, mientras que Untermann transcribe **ř**. Por último, y también con dificultad, se distingue el grafema **ti4**, de tamaño notablemente inferior a los de su misma línea.

Una tan insegura e incompleta transcripción de esta línea, unida a las también inciertas lecturas de sus inmediatas anterior y posterior, imposibilita cualquier acercamiento interpretativo.

*Quinta línea:* tras la zona fragmentada el primer signo identificable es **m4**, bajo cuyo trazo corto se ve una marca en forma de línea oblicua, que no parece ser incisión voluntaria sino una marca natural de la piedra; no obstante, y porque no hay detalle insignificante en materia de epigrafía ibérica, es imprescindible dejar constancia de esta presencia por si fuera susceptible de ser considerado como unión de los signos **m** y **ta**; nexos que, bien es cierto, no se ha registrado hasta el momento. En cuanto a la secuencia **m4ta**, tras revisar los repertorios léxicos<sup>25</sup>, sólo la hemos hallado en un fragmento cerámico de Ensérune<sup>26</sup>, testimonio que no parece suficiente para implicar tal marca en la lectura de la línea.

A la derecha de **m4**, vemos el grafema **u** y tras él un clarísimo **ř3**, cuyo dibujo es fiel reflejo de esa tendencia, apuntada *supra*, a aliviar con formas redondeadas la rigidez que el soporte pétreo imprime a la escritura.

En el resto de la línea sólo se identifican dos trazos verticales de desigual longitud que debieron formar parte de signos de imposible identificación. Gómez Moreno y Maluquer vieron en ellos los signos **ba** e **i**. Por último, cierra la línea, el signo **ti**.

No hay tampoco para esta línea posibilidad alguna de interpretación.

*Sexta línea:* la transcripción no ofrece problemas: **i.ka.s.u.n.i.n**. El primer grafema, **i**, está incompleto afectado todavía por la zona fragmentada y el signo **ka** se dibuja con descuido prolongando en exceso sus trazos internos. El tercer signo, de trazo profundo y limpio, fue leído por Gómez Moreno y Maluquer como **be**; pues bien, una restitución de **be5** a partir de los trazos existentes resulta perfectamente posible, pero lo cierto es que estos últimos conforman por sí mismos el signo ibérico **s** y tal habrá de ser en la actualidad su transcripción, ya que no existe vestigio de lo que habría sido la mitad izquierda del hipotético **be5**.

<sup>23</sup> Michelena, cit. (nota 22), 356-357.

<sup>24</sup> Untermann, cit. (nota 4), 112.

<sup>25</sup> Siles, 1985; *MLH III*, 1, 263-317 y Velaza, 1991.

<sup>26</sup> Siles, cit. (nota 25), n.º 1.154.

El elemento **-unin** está ampliamente atestiguado como componente onomástico<sup>27</sup>, probablemente femenino según indican testimonios de NNPP indígenas femeninos en escritura latina, como *Titinia Bastogaunin*, en Terrasa (CIL II, 6144), *Galduraunin*, en Jodar (CIL II, 5922) y *Socediaunin* en Cástulo<sup>28</sup>. El elemento **ikas** no tiene paralelos en la antroponimia ibérica, pero su composición bisílaba y el que aparezca ante el componente antropónimo **-unin**, inclina a ver en la secuencia completa un NP.

Esta línea encerraría, por tanto, un NP femenino que pertenecería al difunto o, más probablemente dada la situación que ocupa en el contexto general del epígrafe, al dedicante.

*Séptima y octava líneas:* la séptima línea comienza con un signo deteriorado que se ajusta en su forma al dibujo del grafema **ki**, el siguiente se ha venido leyendo hasta ahora como **í**, sin embargo aquí se transcribe **ku** porque en el centro de la forma romboidal apreciamos con claridad un punto, marca que distingue habitualmente en el signario ibérico el grafema **ku** del grafema **í**. La variante de **í** que también presenta punto interno (**í9**) es muy infrecuente y sólo habría que considerarla si el análisis lingüístico revelase una interpretación pausable en la secuencia **kií**.

En **kiku** reconocemos dos morfemas **-ki** y **-ku** que se aislan independientemente en diferentes contextos. En el caso de **-ki** uno de esos contextos es precisamente tras NP, por ejemplo en **iltir-keíki** (G 16.1.B) y **aitikeltunki** (G 15.1)<sup>29</sup>. Mientras que **-ku** aparece tras topónimos, en **arsakis-ku** (A33.2) y **usekerteku** (E 7.1), y tras NP, con seguridad, en **aiunortiniku**, en un plomo atribuido a Tivisa, y, con menos certeza por ofrecer una lectura insegura, en **aitulkikute** (F 13.10) e **ibesuninku** (F 13.8). Se había otorgado al sufijo **-ku** una función de locativo o ablativo de procedencia en base a su aparición tras nombre de lugar, pero recientemente, y tras comprobarse por el documento de Tivisa su presencia segura tras NP, se ha cuestionado tal valoración<sup>30</sup>.

La asociación de ambos morfos (**kiku**) y en el orden registrado en esta lápida sólo se repite en **aitulkikute** (F. 13.10), de lectura insegura.

Una interpunción separa esta secuencia de la siguiente: **i.n.a.ba.í**. El espacio que resta hasta el borde de la estela, que ha sufrido los efectos de la erosión, obliga a considerar *a priori* la posible presencia en origen de algún otro signo, posibilidad que habrá de desecharse —como veremos— cuando se avanza en la lectura del epígrafe.

La octava línea no presenta dificultad alguna de transcripción: **e.s.ke.f.ti.ba.n**.

La interpretación de las líneas 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> no puede hacerse de manera individualizada por cuanto se identifica un NP: **abaíeskeí**, que sitúa su primer componente **-abaí**<sup>31</sup> en la línea 7.<sup>a</sup> y el segundo **-eskeí**<sup>32</sup> en la 8.<sup>a</sup>. El NP va precedido del elemento **in** que actuaría como prefijo, ya que lo antecede una interpunción, pero del que no es posible indicar su función. Al antropónimo, y situado tras él, se asociaría el elemento **-tiban**, posible variante morfológica del conocido **-teban**, cuyo significado parece ir unido al del morfo **eban**<sup>33</sup>.

Distribuida en estas dos líneas, podría hallarse la filiación de **ikasunin**: **abaíeskeí** sería el patronímico y **tiban** el elemento que indicaría la filiación. Precisamente en la última revisión del término **-eban**<sup>34</sup> se plantea una posible ecuación **eban** = *filiol* / **teban** = *filia*, que encuentra aplica-

<sup>27</sup> Untermann, cit. (nota 19) n.º 125, con 9 entradas y *MLH III*, 1, 237.

<sup>28</sup> *MLH III*, 1, 231.

<sup>29</sup> Velaza, cit. (nota 25), 90-91.

<sup>30</sup> Velaza, 1996, 317.

<sup>31</sup> La secuencia **abaí** está ampliamente testimoniada como elemento antropónimo (Untermann, cit. nota 19, n.º 1 y *MLH III*, 1, 209.

<sup>32</sup> El componente onomástico **eskeí** también encuentra cumplido testimonio tanto en escritura ibérica como latina (Untermann, cit. nota 19, n.º 56 con 19 entradas y *MLH III*, 1, 224-225).

<sup>33</sup> Velaza, cit. (nota 21).

<sup>34</sup> Velaza, cit. (nota 21), 150.

ción en este caso, apoya la valoración femenina que hacemos del término **ikasunin** y refuerza por tanto aquella hipótesis lanzada «con prudencia» —según palabras del propio autor<sup>35</sup> en base a un único documento (F. 11.1)<sup>36</sup>.

*Novena línea:* la transcripción **orétaunin** sólo se distingue de las hechas hasta ahora en el primer grafema. Por ello, y porque el resto de grafemas no ofrecen particularidades a reseñar ni dificultad en su lectura, nos centraremos en el análisis paleográfico de dicho signo: consta de dos trazos verticales paralelos, el derecho sufre a medio trazado una ligera inflexión hacia la izquierda, perdiendo la verticalidad para retomarla en su tercio final. Hacia la mitad aproximadamente de cada uno de estos dos trazos se aprecia claramente el nacimiento/finalización de un tercero que corre en dirección horizontal y en torno al cual ha habido una ligera erosión que desdibuja lo que sería su zona central, a pesar de lo cual la restitución del grafema **o** es la única posible. En el calco del epígrafe que se presenta en *MLH* (F.13.1) los dos trazos verticales se dibujan unidos en su parte superior por un trazo que otorga al signo una forma distorsionada del grafema **bi** o **a**. Esa unión no existe en la actualidad, mostrándose los extremos superiores de los trazos verticales limpios y sin prologaciones ni nacimiento de incisión alguna en un sentido u otro. No se aprecia erosión de la piedra, que hubiese dado lugar a la desaparición de esa parte del signo, ni tampoco relleno de la incisión por material ajeno al soporte que hubiese provocado una nivelación con la superficie no incisa de la estela. Tanto en la fotografía recogida en *MLH* como en las obtenidas por mí recientemente (figs. 1, 6 y 7) se ve con bastante claridad el signo **o**, cuya única peculiaridad radica en que el trazo derecho no se muestra tan recto como exigiría la ortodoxia.

Considero por tanto que las lecturas **arétaunin** y **birétaunin** (ver tabla I) no son correctas y me interesa subrayar que, independientemente de la aceptación o no desde la perspectiva del análisis lingüístico del ensayo de interpretación que se ofrece de esta línea, el léxico ibérico a partir de ahora deberá contar con una nueva entrada, puesto que la paleografía deja poco lugar a la duda.

La nueva lectura no afecta a la segmentación de la palabra que en cualquier caso, creemos, sería la misma: **oréta-unin**. La tentación de interpretar el término como referencia de origen es obvia.



FIGURA 6. *Detalle de los primeros signos de las líneas octava y novena.*

<sup>35</sup> Velazá, 1996, 324.

<sup>36</sup> En el citado trabajo (Velaza, 142-150, nota 21) no se consideraba la estela de Liria en la revisión de

todos los testimonios de **eban** y sus variantes, tampoco, por tanto, en la formulación de la ecuación planteada.

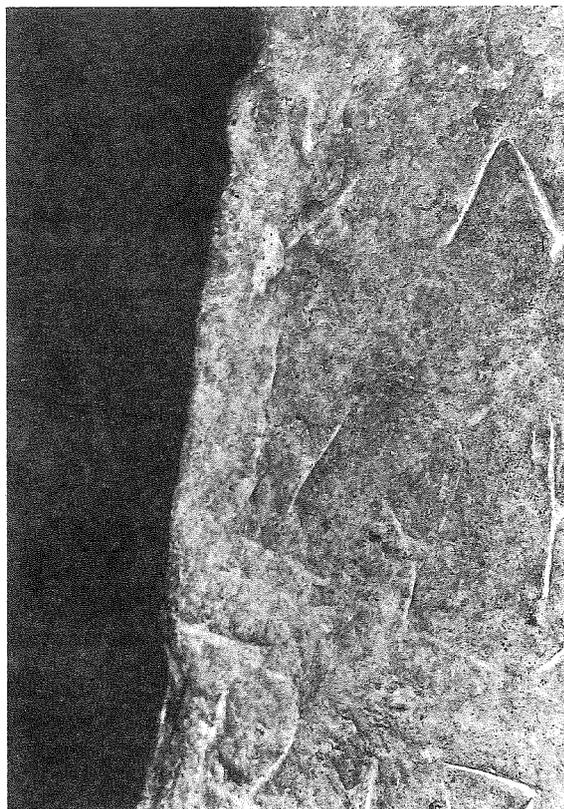


FIGURA 7. Detalle del signo *o*, primero de la novena línea, a escala 1:1.

Si en *ofeta* nos arriesgamos a ver el núcleo de un étnico, el elemento *-unin*, atestiguado —según vimos *supra*— como componente onomástico probablemente femenino, le otorgaría la condición femenina. El carácter femenino de la palabra nos dejaría abierta la puerta a dos posibles traducciones: *ofetaunin* = oretana (calificaría a la mujer difunta o dedicante) y *ofetaunin* = Oretania (daría nombre a la región de procedencia de la difunta o dedicante).

Según esto *ofetaunin* estaría hablando del origen de *ikasunin*, palabra con la que concordaría en género, y entre ambos términos se habría situado la filiación. La traducción, por tanto, podría ser: *Ikasunin*, hija de *Abaresker*, oretana....

No se nos escapa la dificultad de sustentar tal análisis debido fundamentalmente a la escasez de testimonios epigráficos ibéricos sobre paleoetnología. Las fuentes epigráficas en lengua y escritura ibéricas sólo nos han permitido hasta ahora descubrir topónimos y nombres de habitantes de ciudades<sup>37</sup>. No aparecen, o al menos no se han logrado identificar con seguridad<sup>38</sup>, etnónimos, por lo tanto no conocemos de qué forma los estructuraba la lengua ibérica; tampoco sabemos

<sup>37</sup> Se aíslan topónimos en moneda y en un muy reducido número de epígrafes sobre otros soportes. Los nombres de habitantes los identificamos en moneda y por medio del sufijo *-sken* (Untermann, 1992).

<sup>38</sup> Untermann (1992, 26), a la vez que asegura el carácter formalizador de nombres de habitante para el

sufijo *-sken*, señala también que no está demostrado que todas las leyendas monetales con dicho sufijo sean nombres de habitante, no pudiendo excluir por el momento que quizá también estén nombrando tribus.

cómo se formalizarían en ibérico los nombres de las *regiones* que en latín identificamos en el colectivo *-ia*.

El nombre de Oretania, como zona de habitación de uno de los pueblos ibéricos, el de oretanos, como nombre de ese pueblo, y el de Oreto, como topónimo, están documentados únicamente en las fuentes literarias latinas<sup>39</sup>, mientras que la epigrafía latina sólo en una ocasión (CIL II, 3221) hace referencia explícita a un *oretanus*<sup>40</sup>.

Planteamos por tanto esta hipótesis con la prudencia que exigen las carencias documentales y conscientes de que serán finalmente los lingüistas quienes deberán valorar si tal traducción es factible. De ser así, estaríamos ante el primer ejemplo de formulario sepulcral ibérico con indicación expresa de procedencia, sería por tanto un *unicum* en la epigrafía funeraria ibérica que obligaría, no obstante, a revisar el resto de inscripciones sepulcrales por si fueran susceptibles de reinterpretación en base al conocimiento de este nuevo elemento formular.

*Décima línea:* un primer signo incompleto y de lectura incierta da paso a los grafemas **ba** y **ko**, de correcto trazado, y a un no tan ortodoxo **n**. Una interpunción separa esta secuencia de la siguiente: **ti. e. i \***. La forma de **i** no responde con exactitud a la correcta forma del signo, presenta un dibujo distorsionado que nos recuerda al grafema **n** de la misma línea. Tras **i** existió un último signo que ahora está muy borroso, resultando muy aventurada su transcripción.

Teniendo en cuenta que tras esta sucesión de grafemas aparece un numeral, creemos que en esta línea se podría estar mencionando un concepto cuantificable, probablemente la edad del difunto o tal vez la superficie de la sepultura.

*Onceava línea:* se identifica un numeral romano (LII) que cuantificaría el concepto expresado en la línea anterior.

## 6. CONCLUSIÓN

Las características formales de la mal llamada lápida de Liria, de procedencia desconocida, que se guarda en los almacenes del MAN, no la distinguen especialmente del resto de estelas inscritas ibéricas; sin embargo adquiere un interés excepcional por cuanto una de sus líneas podría estar encerrando una referencia de origen.

<sup>39</sup> Las primeras noticias sobre los oretanos se remontan al siglo III a.C. y los sitúan en el ambiente de la Segunda Guerra Púnica; todas las referencias a ellos en los registros literarios guardan relación con acontecimientos bélicos (Livio, Diodoro y Estrabón) o bien con su ubicación geográfica en el mapa de la Hispania prerromana (Ptolomeo, Plinio y Estrabón). Sus límites geográficos siguen siendo objeto de debate (Pastor, Carrasco y Pachón, 1992, 123-126), ya que las fuentes son contradictorias, habiendo quien los hace llegar hasta la costa (Estrabón III, 2, 2); el núcleo principal no obstante se localiza en la zona oriental de Sierra Morena (norte y este de la actual provincia de Jaén y parte de las provincias de Ciudad Real y Albacete), encrucijada geográfica entre el Centro, Sur y Levante y territorio

rico en minerales, características que justifican la necesidad de someterlo que tuvieron cartagineses y romanos, a la que responde la rapidez con que se suceden los acontecimientos bélicos. Un repaso por dichos sucesos, siempre de la mano de la historiografía latina, así como una puesta al día sobre el estado actual del conocimiento sobre la región oretana y sus gentes nos ha presentado recientemente López Domech (1996).

<sup>40</sup> La inscripción procede de las proximidades de la ermita de Zuqueca, inmediata al Cerro de Oreto, menciona a un oretano de nombre latino y nieto de un individuo cuyo cognomen, *baesiscer*, es claramente ibérico y nos recuerda en su segundo componente al patronímico de la inscripción que estamos revisando.

El hipotético étnico se presenta sufijado en **-unin**, elemento que corresponde claramente a la lengua ibérica y reconocido como componente onomástico —probablemente femenino— pero al que nunca se ha considerado formalizador de étnicos.

Se ha presentado un ensayo de interpretación del epígrafe a partir de su sexta línea, del que participa el término **orëtaunin**, cuyo específico tratamiento —conscientes de nuestra incompetencia en materia lingüística— sometemos a la consideración de los investigadores de la lengua ibérica, quienes habrán de determinar su viabilidad. Si así fuera la importancia del hallazgo alcanzaría a varios aspectos de la epigrafía ibérica, algunos de los cuales se imbrican con la paleoetnología de la Hispania prerromana, entre otros:

- al formulario sepulcral ibérico, que se ampliaría con un nuevo elemento: la indicación de procedencia.
- a la valoración del reducido elenco de epígrafes ibéricos que contienen topónimos o étnicos (exceptuando desde luego las leyendas monetales), puesto que se vería aumentado.
- a la consideración de la epigrafía ibérica como fuente para la paleoetnología de la Hispania prerromana, ya que estaríamos ante la primera mención en ibérico al pueblo oretano.
- al estudio de la lengua ibérica, puesto que abriría un nuevo camino de investigación a los expertos, que repercutiría obviamente de manera inmediata en los estudios epigráficos ibéricos.

Si admitimos para este epígrafe, aún a partir de los escasos indicios con los que contamos, una procedencia edetana, estaría documentando la presencia en territorio edetano de una mujer oretana que o bien ha fallecido fuera de su lugar de origen o bien, si se trata de la dedicante, quiere hacer constar su nombre y sus más importantes señas de identidad: filiación y procedencia, cuando recuerda a algún ser querido con el que debió convivir fuera de su tierra originaria.

Recopilamos, por último, las principales secuencias léxicas identificadas en la inscripción:

- Dos antropónimos completos: **ikasunin** y **abafëskéé**.
- Un componente onomástico: **-aten**.
- El elemento **-en**, recurrente en el léxico sepulcral y en otros soportes.
- Una secuencia **kiku**, de función desconocida, que admite la segmentación en dos elementos que actúan habitualmente como sufijos: **-ki-ku**.
- El elemento **tiban**, probable variante morfológica de **teban**.
- Un posible étnico: **orëtaunin**.

JUANA VALLADOLID MOYA  
C./ Embajadores. 56  
28012 - Madrid

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMARCHE, F., 1918, *La antigua civilización ibérica en el reino de Valencia*, Valencia.
- BELTRÁN LLORIS, F., 1980, «La epigrafía latina de Sagunto y su territorio». *SIP. Serie Trabajos Varios* 67, Valencia.
- BELTRÁN LLORIS, F., 1993, «La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro (s. II a.e.-II d.e.)», en: VILLAR, F. y UNTERMANN, J. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana (Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica, Colonia 1989)*, Salamanca, 235-272.
- BELTRÁN LLORIS, F., 1995, «La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro», en: BELTRÁN, F. (ed.), *Roma y las primeras culturas epigráficas del occidente mediterráneo*, Zaragoza, 169-189.

- BELTRÁN VILLAGRASA, P., 1953, «Los textos ibéricos de Liria», *Revista de Filología Valenciana* 3, 37-186.
- ESTEVE, F., 1986, «L'amollonament de la via Romana al Pla de L'Arc», *Estudis Castellonenses* 3, 243-274.
- FLETCHER, D. y GISBERT, J.A., 1994, «Hallazgo de una inscripción ibérica en el Camí del Molí (Terrateig, La Vall D'Albaida)», *APL* 21, 343-353.
- GIMENO RÚA, F., 1968, «La ceca de kese. Sistemática y ordenación de sus materiales», *Numisma* 18, 9-228.
- GÓMEZ MORENO, M., 1949, *Misceláneas. Historia. Arte. Arqueología. Primera serie. La antigüedad*, Madrid.
- GUITART, J., PERA, J., MAYER, M. y VELAZA, J., 1996, «Noticia preliminar sobre una inscripción ibérica encontrada en Guissona (Lleida)», en: VILLAR, F. y D'ENCARNAÇÃO, J. (eds.), *La Hispania prerromana (Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica)*, Salamanca, 163-170.
- DE HOZ, J., 1995, «Escrituras en contacto: ibérica y latina», en: BELTRÁN, F. (ed.), *Roma y las primeras culturas epigráficas del occidente mediterráneo*, Zaragoza, 57-84.
- HÜBNER, E., 1893, *Monumenta linguae ibéricae*, Berlín.
- LÓPEZ DOMECH, R., 1996, *La región oretana: estructuras indígenas y organización romana en la alta Andalucía*, Murcia.
- MALUQUER, J., 1968, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona.
- MAYER, M. y VELAZA, J., 1993, «Epigrafía ibérica sobre soportes típicamente romanos», en: VILLAR, F. y UNTERMANN, J. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana (Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica)*, Salamanca, 667-682.
- MICHELENA, L., 1976, «Ibérico -EN», en: JORDA, F., DE HOZ, J. y MICHELENA, L. (eds.), *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 353-362.
- PASTOR, M., CARRASCO, J. y PACHÓN, J., 1989, «Paleoetnología de Andalucía Oriental (Etnogeografía)», en: ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (= Complutum 2-3)*, Madrid, 120-136.
- RADA Y DELGADO, J., 1871, «Lápida celtibérica», *RAB*, tomo 1, 88-90.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J., 1997, «Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica», *AEspA* 70 13-30.
- SILES, J., 1985, *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid.
- UNTERMANN, J., 1975, *Monumenta Linguarum Hispanicarum, Band. I: Die Münzlegenden*, Wiesbaden (= *MLH I*).
- UNTERMANN, J., 1984, «Inscripciones sepulcrales ibéricas», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanense* 10, 111-119.
- UNTERMANN, J., 1987, «Repertorio antropónimo ibérico», *APL* 17, 289-318.
- UNTERMANN, J., 1990, *Monumenta Linguarum Hispanicarum, Band III: Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden (= *MLH III*).
- UNTERMANN, J., 1992, «Los etnónimos de la Hispania Antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», en: ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (= Complutum 2-3)*, Madrid, 19-34.
- UROZ SÁEZ, J., 1983, *La regio Edetania en la época ibérica*, Alicante.
- VELAZA, J., 1991, *Léxico de inscripciones ibéricas (1976-1989)*, Barcelona.
- VELAZA, J., 1993, «Una nueva lápida ibérica procedente de Civit (Tarragona)», *Pyrenae* 24, 159-165.
- VELAZA, J., 1994, «Iberisch eban, tebam», *ZPE* 104, 142-150.
- VELAZA, J., 1996, «Crónica epigraphica ibérica: hallazgos de inscripciones ibéricas en Levante, Cataluña, Aragón y Navarra (1989-1994)», en: VILLAR, F. y D'ENCARNAÇÃO, J. (eds.), *La Hispania prerromana (Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica)*, Salamanca, 317-337.
- VILLARONGA, L., 1958, «La evolución epigráfica en las leyendas monetales ibéricas», *Numisma* 30, 9-49.